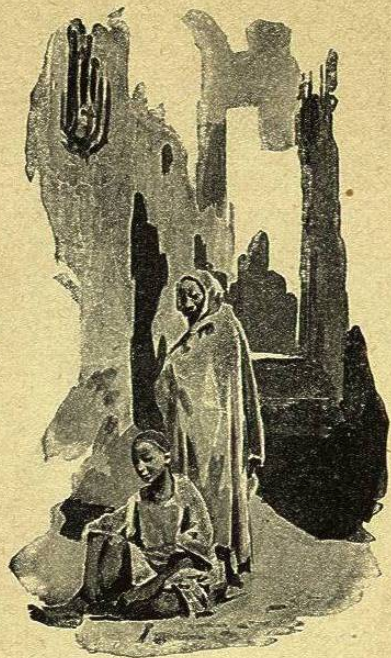


SEGUNDO EPISODIO

—

ENTRE LOS « TEURS »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



I

LA TRAVESÍA

LAS CINCO MANERAS DE PONERSE LA "CHECHIA."

LA TERCERA TARDE. — ¡MISERICORDIA!

QUISIERA ahora, queridos lectores, ser pintor, y pintor notable, para dibujaros las diferentes posturas que tomó la *chchia* de Tartarin en los tres días de navegación entre Francia y Argelia que pasó á bordo de *El Zuavo*.

Os la pintaría, en primer lugar, en el momento de la salida del vapor, encima del puente, heroica y altiva, colocada como una aureola en aquella hermosa cabeza tarasconense.

Después os la mostraría á la salida del puerto, cuando *El Zuvvo* empezó á mecerse sobre las olas, estremeciéndose admirada y como sintiendo ya los primeros ataques del mareo.



En seguida, y ya en el Golfo de Lyon, á medida que avanza en alta mar y que ésta se hace más dura, os la enseñaría, levantándose asustada en el cráneo de nuestro héroe, con su enorme borla azul que se despe-luza por efecto de la bruma y de la tormenta.



Cuarta postura, á las seis de la tarde al ver las costas de Córcega. La infortunada *chechia* se inclina por encima de la borda del vapor y mira tristemente al mar...

Y, por último, la quinta postura se ve en el fondo de un estrecho camarote, en una camita que parece el hueco de un estante; una cosa informe se revuelve, quejándose, en la almohada. Es la *chechia*, la heroica *chechia*, que, reducida ahora al estado vulgar de gorro de dormir, se cue-la hasta las orejas de una cabeza de enfermo con la faz pálida y contraída.



¡Ah! Si los tarasconenses hubieran podido ver á su gran Tartarin, acostado, como si dijéramos, en un cajón de cómoda, iluminado por la claridad triste que entraba por un tragaluz, y envuelto en una atmósfera que despedía olores de cocina, de madera húmeda y de brea; si le oyeran quejarse á cada movimiento de la hélice y pedir té cada cinco minutos, con voz de niño mimado, ¡cuánto hubieran sentido haberle forzado á partir!



Os aseguro, á fe de historiador, que el pobre *Teur* daba lástima.

Sorprendido de repente por el mareo, el infortunado ni siquiera había tenido valor para aflojar su cinturón ni para desembarazarse de su arsenal. El cuchillo de monte, que tenía un mango muy gordo, le magullaba el pecho; y el revólver un costado. Además, para alivio de



sus males, Tartarin-Sancho no cesaba de refunfuñar, de quejarse y de decir á Tartarin-Quijote:

—¡Anda, estúpido!...

Bien te lo decía... ¡Ah!

Has querido ir á África... Pues bien, ahí la tienes...: ¿qué te parece?

Y lo más cruel de todo era que, desde su camarote, y en los cortos intervalos de sosiego que le dejaban sus dolores, el desgraciado oía á los pasajeros en el gran salón reír, cantar y jugar á las cartas.

La sociedad á bordo de *El Zuavo* era tan alegre como numerosa. Oficiales que volvían á sus respectivos cuerpos, cómicos, un rico musulmán que regresaba de la Meca, un príncipe montenegrino, muy

divertido, que imitaba perfectamente á Ravel y Gil Pérez. Ninguno de ellos se mareaba, y pasaban el tiempo bebiendo Champagne con el capitán de *El Zuavo*, marsellés de carácter franco y de natural donaire, llamado Barbasou.

Tartarin estaba furioso contra todos ellos, pues su algazara le hacía daño.

É ignoramos lo que hubiera sucedido si en la tarde del tercer día no hubiese habido á bordo un movimiento extraordinario, que sacara á nuestro héroe de su ya largo malestar y aislamiento.

La campana de proa se dejó oír, y los marineros corrían por encima del puente.

—¡Máquina adelante! ¡Máquina atrás! gritaba el capitán Barbasou con voz ronca.

Y luego:

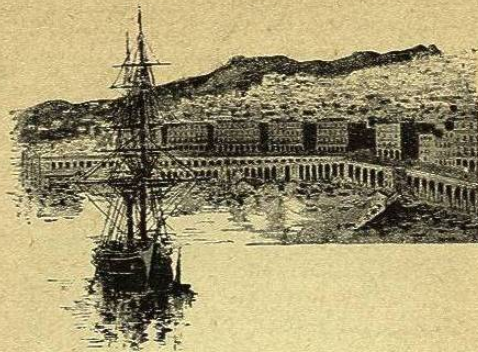
—¡Para!

Después, una sacudida, y nada más... Nada, sino que el paquebot se mecía silenciosamente de derecha á izquierda como un globo en el aire...

Ese extraño silencio asustó al tarasconense.

—¡Misericordia! ¡Nos hundimos! exclamó con voz angustiada.

Y recuperando sus fuerzas como por arte mágico, de un salto se plantó sobre cubierta.



II

¡A LAS ARMAS! ¡A LAS ARMAS!

No se hundían, sino que llegaban al término de su viaje.

El Zuavo acababa de entrar en la rada; una excelente rada de gran fondo, con aguas negras y abundantes, pero silenciosa, triste, y casi desierta.

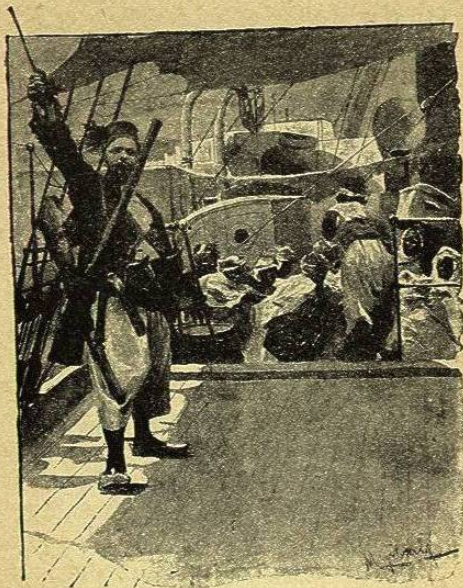
Enfrente, y en una colina, se veía la blanca ciudad de Argel con sus casitas en la planicie, que desciende hacia el

mar, apretadas unas contra otras y con un cielo diáfano, sonriente, un gran cielo de color azul vivísimo, que convida al bienestar del cuerpo y á las más gratas expansiones del espíritu.

El ilustre Tartarin, algo repuesto del susto que experimentara, recreaba su vista con los encantos de aquel panorama, escuchando á la vez respetuosamente al príncipe montenegrino, que, de pie á su lado, le daba explicaciones minuciosas y le nombraba los diferentes barrios de la ciudad, la *casbah*, la villa alta, la calle Bab-Azoun. Este príncipe era muy fino y cortés, conocía á fondo la Argelia y hablaba correctamente el árabe. Por lo cual Tartarin se propuso cultivar estas relaciones.

De repente, en todo lo largo de la borda de babor en que se apoyaban, nuestro héroe vió una fila de grandes manos negras que se asían al buque desde el agua, ni más ni menos que si se tratara de un abordaje; una cabeza de crespo pelo y negra faz se presenta de repente delante de él, y antes de que tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, el

puente fué invadido por un centenar de piratas, negros, amarillos, asquerosos y terribles.



Bien los conoció Tartarin...
Eran *ellos*, aquellos famosos *ellos* que buscó tantas veces de noche en las calles

de Tarascón. Por fin se decidían á ponerse en su presencia.

Al principio, la sorpresa le clavó en su sitio; pero cuando vió á los bandidos precipitarse sobre los equipajes, arrancar la lona embreada que los cubría, y empezar, cual si dijéramos, el saqueo del buque, el héroe salió de su estupor, y sacando de la vaina el cuchillo de monte:

—¡A las armas! ¡A las armas! gritó á los viajeros, precipitándose desde luego sobre los piratas.

—*Ques aço?*

¿Qué es eso?

—¿Qué os pasa? le dijo el capitán, que salía del entrepuente.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, capitán? ¡Pronto, pronto! Mandad que la tripulación tome las armas.

—¿Y para qué *boun Diou?*

—Pero, ¿no véis lo que pasa?

—¿El qué?

—Allí... delante... los piratas...

El capitán Barbasou le miraba sin comprender. En aquel momento, un negro alto y fornido pasaba corriendo por delante de ellos, con la caja de medi-

camentos de nuestro héroe á la espalda.

—¡Miserable! ¡Espérame! dijo rugiendo de cólera el tarasconense.

Y echó á correr, daga en mano.

Barbasou le alcanzó y le detuvo por la cintura:

—Pero ¿os queréis estar quieto? ¡Vive Dios! No son piratas: ya hace tiempo que no los hay; son mozos de cuerda...

—¡Mozos de cuerda!

—Sí, que vienen por los equipajes para llevarlos al muelle. Volved el cuchillo á su vaina, dadme vuestro billete, y sigamos á aquel negro, un buen muchacho que os llevará á tierra, y también á la fonda, si así lo deseáis.

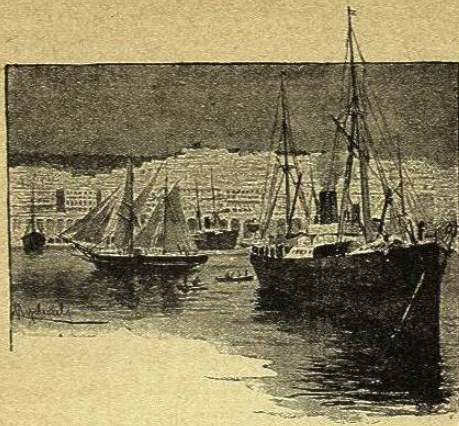
Un tanto confuso, Tartarin entregó su billete, y, siguiendo al negro, bajó por la escalera á una gran lancha que se mecía junto al vapor. Todo su equipaje estaba allí ya; sus baules, sus cajas de armas, sus conservas alimenticias, etc.; y como ocupaban por entero aquella lancha, no fué necesario esperar á ningún otro viajero.

Un mozo se encaramó encima de los paquetes, en los que se acurrucó como un mono, con las rodillas en las manos.

Otro empuñó los remos... y ambos miraban riendo á Tartarín, enseñando sus blancos dientes.

De pie en la popa, con esa terrible mueca que aterrizzaba á sus compatriotas, el gran tarasconense empuñaba febrilmente el mango de su cuchillo; pues á pesar de cuanto le dijo el capitán, no estaba del todo tranquilo respecto á las intenciones de aquellos dos mozos de piel de ébano, que se parecían tan poco á sus colegas de Tarascón.

Cinco minutos después, la barca llegaba á tierra, y Tartarín ponía el pie en este muelle bárbaro en que, trescientos años antes, un español, llamado Miguel de Cervantes, preparaba, bajo el látigo de la chusma arábiga, una suelta novela que debía titularse *Don Quijote de la Mancha*.



III

INVOCACIÓN Á CERVANTES

DESEMBARQUE. — ¿DÓNDE ESTÁN LOS "TEURS"?

NO HAY "TEURS". — DESILUSIÓN

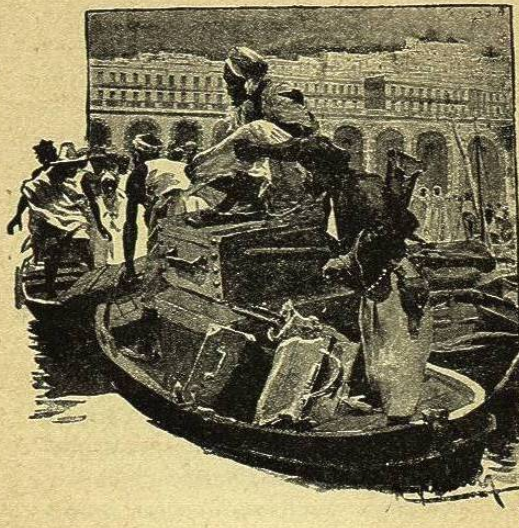
OH Miguel de Cervantes Saavedra! Si lo que se dice es verdad, á saber: que en los parajes donde han habitado los grandes hombres permanece errante algo de ellos que flota en el ambiente

hasta la consumación de los siglos, lo que queda de ti en la plaza bárbara debió estremecerse de alegría al ver desembarcar á Tartarin de Tarascón, ese tipo maravilloso del francés del Mediodía, en que se habían encarnado los dos héroes de tu libro: D. Quijote y Sancho Panza...

La atmósfera era pesada aquel día; en el muelle, resplandeciente de sol; cinco ó seis aduaneros argelinos, esperando noticias de Francia; algunos moros agrupados, que fumaban sus largas pipas; marineros malteses conduciendo grandes redes, en que millares de sardinas relucían entre las mallas como monedas de plata...

Pero apenas Tartarin echó pie á tierra, el muelle se animó, tomando otro aspecto. Un tropel de salvajes, más sucios y horrorosos que los *bandidos* que abordaron el barco, brotó por entre mástiles y lanchas, como surgiendo del agua, arremolinándose en torno de los que desembarcaban. Hombrones árabes, enteramente cubiertos por jaiques de lana; pequeños moros en calzoncillos, negros,

tunecinos, mahoneses, criados de fonda con sus mandiles blancos, toda esta mezcolanza de personas, gritando, aullando,



colgándose de los faldones de los pasajeros que iban llegando á tierra, disputándose los equipajes, y los de Tartarin se los repartían, tomando uno su caja de armas, otro su caja del botiquín, ensor-

deciéndolo con una algarabía infernal y nombrándole títulos de fondas inverosímiles.

Aturdido con todo este tumulto, el pobre Tartarin iba, venía, vociferaba, clamaba, juraba, se daba á los demonios, corría detrás de sus bultos, no sabiendo cómo hacerse comprender por aquellos bárbaros, arengándolos en francés, en provenzal, y aun en latín, con las palabras únicas que sabía de la lengua del Lacio: *bonus, bona, bonum...* ¡Trabajo perdido! No le escuchaban. Felizmente, un hombrecillo, vestido con un traje de cuello amarillo, y armado con un largo bastón, intervino como un dios de Homero, dispersando á toda aquella gentualla á palo limpio. Era un guardia de Orden público argelino. Muy cortésmente invitó á Tartarin á que fuese á la fonda de Europa, confiándolo á los mozos respectivos, que condujeron á él y su bagaje.

A los primeros pasos que dió por Argel Tartarin de Tarascón, ¡abrió cada ojo!...

Tartarin se había figurado que Argel

era una ciudad oriental, que debía tener algo de mágico y mitológico; una cosa así, que no fuera ni Constantinopla ni Zanzibar, pero que participara de am-



bas ciudades, mas de seguro sin nada de lo que caracteriza á las poblaciones europeas, y, por consiguiente, á Tarascón... Cafés, fondas, anchas calles, casas de cuatro ó cinco pisos, una plaza enarenada, en la que uno de los regimientos